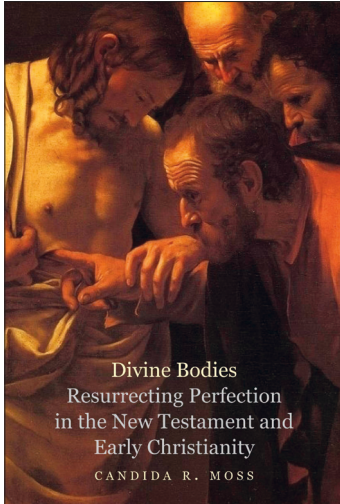


DIVINE BODIES



MOSS, CANDIDA R. (2019). *Divine Bodies. Resurrecting Perfection in the New Testament and Early Christianity*. New Haven – London: Yale University Press. 208 pp., 38,38€ [ISBN 978-0-3001-7976-7].

CLELIA MARTÍNEZ MAZA
 UNIVERSIDAD DE MÁLAGA
 MARTINEZM@UMA.ES

A SIMPLE VISTA, LA MONOGRAFÍA DE CÁNDIDA MOSS podría considerarse un trabajo más, dedicado a las creencias en torno a la resurrección del cuerpo en el cristianismo primitivo (siglos I al III), un elemento esencial en la construcción de la identidad cristiana que sirvió para crear y delimitar fronteras doctrinales, y definir la ortodoxia. Sin embargo, esta obra posee unas cualidades por las que despunta en el repertorio bibliográfico sobre la materia. En primer lugar, por su tratamiento del tema, porque lejos de mantener la perspectiva tradicional orientada a los aspectos doctrinales y teológicos y a las ideas en torno a la supervivencia del alma, dedica su atención al cuerpo resucitado, su papel en la construcción de la identidad cristiana y a las respuestas dadas por los autores cristianos a las preguntas formuladas por los fieles desde el periodo evangélico: ¿Qué momento de la vida se elige como modelo para el cuerpo resucitado? ¿Qué partes del cuerpo se mantienen en el cielo? ¿Qué

forma tomarían estos cuerpos celestiales? ¿Serían distintos y de qué manera a los existentes en la vida terrenal?

Cándida Moss analiza estas respuestas a partir de una lectura de textos evangélicos heterodoxa, explorando interpretaciones novedosas que permiten obtener una reconstrucción más rica y compleja sobre el cuerpo resucitado. Su propuesta se hace eco del *embodiment*, una de las principales corrientes antropológicas a partir de la década de los noventa cuya aplicación ha obtenido resultados muy interesantes en el análisis religioso, aunque ha sido poco aplicada en el estudio del cristianismo.

Se trata de un estudio no muy extenso en el que el aparato crítico ocupa una extensión considerable (60 páginas) lo que delata una labor de documentación prolija y variada. La faceta más científica del debate expuesto en el texto queda recogida en las notas dispuestas a final de libro para facilitar al lector no especializado un recorrido ameno (pp. 125-184). Los especialistas, en cualquier caso, pueden comprobar la profundidad científica de los argumentos esgrimidos y la profusión de fuentes documentales manejadas si accede a ese cuerpo de notas y al elenco bibliográfico dispuestos al final del volumen.

El examen propuesto parte de una lectura alternativa de los textos evangélicos que esgrime como prueba, en una argumentación destinada a anular los efectos derivados de la influencia de San Pablo. Según explica la autora en la introducción (pp. 1-21), los escritos paulinos que hablan de un cuerpo glorificado han sido interpretados como testimonio de que todo cuerpo resucitado se consideraba un cuerpo pleno y, por lo tanto, embellecido, libre de cualquier defecto, imperfección o carencia que hubiera padecido en la vida terrenal. Su hipótesis parte de la confrontación de estos escritos con otros pasajes del Nuevo Testamento para los que propone una relectura innovadora. En torno a estos pasajes, articula cada uno de los cuatro capítulos que componen la monografía y sirven de pretexto para proponer una reflexión más extensa sobre el significado de “cuerpo perfecto” en el contexto de la resurrección.

Y así, el capítulo 1 “Identity” (pp. 22-40), se centra en un tema sorprendentemente poco investigado en los tratamientos académicos: las marcas que muestra el cuerpo del Jesús resucitado en las manos y en los costados. Moss inicia su análisis con dos pasajes que pretendían demostrar que Jesús resucitado no era un fantasma: el célebre pasaje del evangelio de san Juan (Jn. 20.24,27) que narra el reencuentro entre Jesús resucitado y Tomás, así como el pasaje lucano, en el que Jesús muestra sus “manos y pies” a los discípulos (Lc. 24.39-40).

Tradicionalmente, se han considerado esas marcas las heridas abiertas consecuencia de la crucifixión que permitirían reconocer sin ningún atisbo de duda que el cuerpo en el que Tomás hunde su mano es el mismo que el del Jesús crucificado. Moss aboga por precisar el significado del término empleado para designar estas marcas (*typoi*) y

propone que deberían traducirse no como heridas abiertas, tal y como tradicionalmente se propone, sino como cicatrices. El significado de elegir esta última designación es radicalmente distinto y mucho más profundo. La función de la cicatriz en el relato es doble. Por un lado, permite comprobar, de manera más fehaciente que una herida, que el cuerpo que se somete a la prueba es real, vivo, y no un fantasma, y lo hace de un modo mucho más seguro que las heridas porque las cicatrices son el resultado del proceso de curación del cuerpo y, por lo tanto, garantizan su existencia corporal real con posterioridad a la herida infligida. En segundo lugar, más que las heridas recientes, son las cicatrices las que en el mundo antiguo servirían como marcas de identificación (p. 31): por ejemplo, las cicatrices de la batalla podrían indicar valor y las cicatrices del látigo, la esclavitud. Al leer las “marcas” de Jesús dentro de este contexto, Moss sugiere que Juan sentó un precedente para la resurrección, puesto que las anomalías e imperfecciones corporales no quedaban borradas sino transfiguradas (p. 38) y su existencia era necesaria para distinguir a un individuo de otro. Además, el objetivo de las marcas no era mostrar que el cuerpo resucitado de Jesús era físico, sino más bien demostrar su identidad (pp. 38-39), es decir, que el mismo Jesús que murió fue el que resucitó, y que su cuerpo había comenzado el proceso de curación posterior a la crucifixión. Se resalta de este modo la realidad de la resurrección pues los estigmas corporales permanecen, aunque su cicatrización evidencia el paso del tiempo. Además, en la medida en que el propio Jesús conserva una vez resucitado sus marcas, cualquier cuerpo resucitado también conservaría las huellas físicas que individualizaban a cada devoto.

Tras demostrar que, tras la resurrección, las imperfecciones del cuerpo se pueden transfigurar sin quedar borradas, en el segundo capítulo, “Integrity” (pp. 41-65), Moss plantea, en términos en absoluto habituales en la investigación, lo que significa la plenitud y perfección del cuerpo, una vez alcanzado el reino de los cielos, y expone una propuesta completamente distinta a la que ha sido asumida en la exégesis teológica posterior. El objetivo de Moss en este capítulo es demostrar que los cuerpos transfigurados y glorificados tras la resurrección no tienen que responder a los cánones de lo que se considera estéticamente bello tanto en la sociedad contemporánea a los evangelios como en la actual. Ahí reside también la radicalidad del mensaje cristiano. Moss propone para ello una nueva interpretación del pasaje de Marcos (Mc. 9, 42-48) en el que Jesús advierte que la amputación y la ceguera son preferibles a pecar (“Y si tu ojo te fuere ocasión de caer, sácalo; mejor te es entrar en el reino de Dios con un ojo, que teniendo dos ojos ser echado al infierno”). Tradicionalmente, se ha considerado este versículo bien de manera metafórica bien como una referencia a la eficacia del castigo corporal. Moss, sin embargo, propone una lectura alternativa que constituye toda una crítica al análisis habitual, sostenido, por un lado, en la casuística penal del mundo antiguo en el que se constata este tipo de condena (vid. p. ej. Deut.

25.11-12) y, por otro, en la percepción contemporánea sobre la amputación terapéutica considerada una alternativa excepcional aplicada en casos extremos. La autora muestra su rechazo a esa función punitiva de la amputación para la que apenas existen referencias contemporáneas al texto joánico. Además, a partir de ejemplos extraídos del contexto cultural del periodo, como textos médicos y referencias extraídas del ámbito militar, defiende respectivamente su carácter terapéutico (por ejemplo, para preservar la vida, ante el avance de la gangrena) y heroico, pues la pérdida de algún miembro era una exhibición física del valor mostrado en el combate (pp. 49-52).

Esto conduce a una situación de cierta paradoja en la que el cuerpo sano y en plenitud de facultades de un pecador iría al infierno y, sin embargo, el destino de aquellos fieles puros, aun con miembros amputados, irían al cielo. Marcos subvierte así los cánones de belleza y dota a la deformidad de un significado nuevo con un sentido escatológico pues la exhibición física del arrepentimiento es preferible al cuerpo hermoso del impío. Así se explica también que el cuerpo de Jesús resucitado no se muestre incólume, y que, en la otra vida, manifieste los defectos, convertidos a ojos del cristiano en algo hermoso. Las amputaciones y defectos físicos pasan a ser huellas de la virtud, signos del dolor soportado para asegurar la salvación. La desfiguración adquiere entonces una connotación positiva y en el reino de los cielos no sería sanada. En consecuencia, los cuerpos transfigurados podían desafiar la belleza esperada en la vida ultramundana y el cielo estar poblado de resucitados desfigurados.

En el capítulo 3 “Functionality” (pp. 66-88), Moss aborda cuestiones relativas a la preservación de funciones del cuerpo resucitado, convertida en tema de debate entre los primeros intelectuales cristianos que se esforzaron por explicar la resurrección de partes del cuerpo sin función escatológica aparente (es decir aquellos involucrados en la procreación, digestión o defecación). De nuevo, inicia su digresión con un pasaje evangélico (Mc. 12.9-23) y en concreto el versículo 25 (“porque cuando resuciten de los muertos, ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles que están en los cielos”). A partir de este fragmento, la autora examina las respuestas formuladas por los padres de la Iglesia en los siglos II y III relacionadas, sobre todo, pero no solo, con la función reproductora, inútil en la vida celestial. El dilema nacía de la necesidad de hacer compatible tres ideas contradictorias: por un lado, la idea de que actividades como el sexo, la maternidad o el consumo de alimentos eran incompatibles con el reino celestial, por otro, que los cuerpos resucitados serían íntegros, completos y enteros, tal y como eran los cuerpos terrestres, incluidos los órganos reproductores, digestivos, etc., incluso cuando estos ya no fueran necesarios; y, por último, la tradición aristotélica según la cual el cuerpo, como un todo, pero también en cada una de sus partes, existía con un *telos* y que, por lo tanto, sería absurdo que los cuerpos resucitados poseyeran

cuerpos terrestres completos puesto que habría partes sin ninguna finalidad en el reino de los cielos. El debate intelectual estaba servido y se propusieron soluciones distintas. Así, Tertuliano esgrime que su función sería puramente estética (en palabras de Tertuliano, ese sería uno de los motivos de la preservación de los dientes en el más allá, además de para controlar la lengua). El mismo Tertuliano también defiende la necesidad de preservar los genitales para resaltar aún más la castidad de aquellos devotos que mantienen sus funciones reproductoras activas.

El cuarto capítulo “Aesthetics” (pp. 89-113) se centra en la estética del cuerpo resucitado con particular atención por el papel que cumple la vestimenta (pp. 95-109). Se trae a colación un pasaje del Apocalipsis (Ap. 6.11) que habla de las túnicas blancas que portan los resucitados. Moss explora la correlación entre la blancura de estos ropajes y la virtud y belleza que simbolizan, pero trasciende una vez más del habitual significado religioso asignado a estas vestimentas para vincularlo al habitual papel que desempeñaba en la sociedad como marcador de estatus. En efecto, las túnicas blancas hacían visible la riqueza porque solo el individuo de elevada condición social podía mantener sus túnicas blancas con un color inmaculado, libre de suciedad. No obstante, esa vida ultramundana expresada con una indumentaria blanca ahora accesible a todos los fieles, también a los miembros menos favorecidos, no supone una eliminación de las jerarquías, sino que, al contrario, quedan reforzadas (p. 108), aunque ahora su función es distinguir a los devotos que alcanzan el reino celestial frente a los infieles que quedan identificados como marginados sociales, no solo por su apariencia sino también por su olor que revelaba su enfermedad y la nociva presencia del demonio.

Para finalizar, Moss resume, en una breve conclusión (pp. 114-121), los temas generales de la monografía y vuelve a incidir en la trascendencia de un análisis del cuerpo como un concepto condicionado culturalmente y, por lo tanto, no solo modelado por las creencias cristianas sino también por los discursos ofrecidos por el entorno social, filosófico etc., en el que vivieron los exégetas evangélicos. Quizás, la obra carece de un análisis equiparable de los textos paulinos, presentados simplemente como caballo de batalla, o de la realidad social de los evangelistas. En todos ellos, habría que suponer la misma riqueza, complejidad e influencia de la cultura contemporánea que las defendidas para la literatura exegética analizada y precisarían de un tratamiento de una profundidad similar.